

SEMBLANZA DE ÁLVARO LÓPEZ FERNÁNDEZ

MIGUEL A. BADÍA CABRERA

El presente número extraordinario de *Diálogos* lo dedicamos con profundo afecto a la memoria de Álvaro López Fernández, quien por más de una década dirigió esta revista, con un ahínco, entusiasmo y juicio certero que fueron eminentemente responsables de que ésta siguiera siendo una publicación respetada por la comunidad filosófica internacional, especialmente hispano-parlante. Su muerte en el verano del 2010 le presentó al Departamento de Filosofía de la Universidad de Puerto Rico el reto ciertamente formidable de mantener la calidad y el prestigio de *Diálogos* a un nivel comparable al alcanzado por Álvaro. Asimismo, ella nos ha hecho más patente el deber irrenunciable de laborar, con su ingente ejemplo en mente, porque la filosofía rigurosa y libre, amplia y diversa, pertinente y fundamental, no pierda el idóneo instrumento de difusión – y acaso insustituible para los que hacemos filosofía en Puerto Rico e Iberoamérica – que ha sido *Diálogos* desde su fundación en el 1964. Las páginas de este número, en que filósofos y filósofas de las Américas y Europa nos regalan reflexiones emblemáticas de ese tipo de filosofar, están dedicadas a celebrar la vida, la obra y el legado de Álvaro López Fernández, quien seguirá brillando como una estrella de primera magnitud en el firmamento espiritual de quienes tuvieron la fortuna de conocer su persona o tener acceso a su pensamiento.

Además de su labor como Director de *Diálogos*, Álvaro López Fernández fue profesor destacado de los Departamentos de Humanidades y de Filosofía de nuestra universidad, y Director de este último del 1994 al 1996. En los primeros albores de sus estudios universitarios, se sintió atraído por la filosofía crítica de Immanuel Kant, en especial por sus temas más fundamentales y de mayor controversia entre los estudiosos del pensador alemán. A fin de comprender este filosofar de forma sistemática, en sus detalles y sus innumerables ramificaciones temáticas, lo estudió en centros de rigor como la *Ruprecht-Karl Universität Heidelberg* y *Johannes Gutenberg Universität zu Mainz*, de la República Federal de Alemania. En

esta última universidad se doctoró con la tesis: *Die Form der Anschauung und die transzendente Apperzeption: eine Untersuchung der transzendentalen Deduktion der reinen Verstandesbegriffe in der zweiten Auflage der Kritik der reinen Vernunft*. Testimonios irrefutables de que Álvaro López Fernández se convirtió en uno de los estudiosos iberoamericanos de Kant de gran relieve son la publicación de ensayos enjundiosos en revistas tales como *Diálogos*, la *Revista Latinoamericana de Filosofía*, *Manuscrito*, *Thémata* y *Kant-Studien*, y de un libro, publicado en el 1998, en torno al corazón mismo de la *Crítica de la Razón Pura*, simplemente enorme por su originalidad, profundidad y amplitud: *Conciencia y juicio en Kant: Acerca de la estructura y las diversas formas judicativas de la conciencia prototeórica y teórica en Kant, y el problema de la legitimación del conocimiento sintético a priori en la Crítica de la razón pura*. Por otra parte, durante la primera década de este siglo, también tuvo la oportunidad de difundir su particular visión hermenéutica de la obra de Kant en congresos internacionales en España, Chile y Brasil.

Creo no ser la persona más adecuada para aquilatar en todas sus dimensiones la grandeza de la contribución de Álvaro a la dilucidación de las incógnitas que suscita la lectura y el estudio de la filosofía de Kant. Por eso habré de dedicar este breve espacio a apuntar aquellas facetas de la personalidad de Álvaro, de su carácter e intelecto, cuyo conocimiento extraigo de vivencias que han quedado grabadas desde hace mucho tiempo en mi alma, y que creo también le dan su impronta singular no solo a los frutos de su investigación filosófica, sino también a su tareas como apreciado e influyente profesor de filosofía en la Universidad de Puerto Rico.

El aflorar temprano de la reflexión consecuente y competente en torno a los problemas y enigmas filosóficos es un fenómeno relativamente raro, mucho más común en la música, las artes e incluso la matemática. Debe de haber muchos otros ejemplos, pero en lo que se refiere las grandes figuras, sólo puedo señalar, sin temor a equivocarme, a David Hume como ejemplo de genuina precocidad filosófica. En lo que toca a mi vida personal, fue Álvaro López Fernández en quien primero pude vislumbrar el destello inconfundible de la flama inextinguible del interrogar filosófico, y acaso por eso fue que instintivamente busqué su amistad, ya que produjo en mí el efecto estremecedor análogo al que se dice que Sócrates producía en los jóvenes interlocutores que establecían un diálogo mayéutico con él.

A Álvaro lo comencé a querer desde el primer día en que lo conocí al entrar al segundo año en la Escuela Superior Central, en Santurce, Puerto Rico, cuando ninguno de los dos todavía había cumplido los quince años. Siento que una parte de lo mejor que puede haber en mí germinó porque Álvaro lo sembró con la proximidad de su inteligencia lúcida, cuidadosa y curiosa, así como con su ejem-

plo de hombre bueno y generoso. Es probable que si no le hubiera conocido en ese período crítico de formación espiritual, mi vida habría seguido un derrotero diferente. Esas primeras, animadas y casi interminables conversaciones sobre temas que hasta ese momento ni tan siquiera sabía que existían, tuvieron en mi alma el efecto de transmitirme el entusiasmo por la filosofía verdadera.

Al concluir la escuela secundaria, compuse una pequeña semblanza de Álvaro para el anuario *El Caribe*, dedicado a nuestra clase graduanda, en cuya edición trabajamos ambos junto a María Margarita Roche, quien se habría de convertir en su fiel y amada compañera de toda una vida, y por quien él ya se sentía atraído, en sus propias palabras, por “la bondad y la dulzura de su enigmática personalidad”. Incluso en este juvenil esbozo se transparentan notas permanentes de su ser: la conjugación de una tierna y abundante humanidad con el ansia apasionada de buscar la verdad y la firme determinación de defender lo justo:

Álvaro es el fiel defensor de unos ideales sinceros, justos, motivados por un amor sublime a éste, nuestro pequeño terruño. Sus dos tonalidades de voz nos dejan entrever algunos rasgos de su yo propio y único. Una es dulce y aguda a la vez, en su caudal sonoro. La otra, potente y determinada; la voz que protesta contra un mundo adulterado por falsos valores, por la pérdida de ese sentir verdaderamente humano que sale de bien adentro de nosotros. Es el filósofo en ciernes, la transfiguración quijotesca de unos ideales.

No es de extrañar entonces que Álvaro López Fernández gravitara con entusiasmo consecuente al estudiar la filosofía de Kant, a tratar de esclarecer algunos de los enigmas que estremecen a las facultades cognitivas constitutivas de nuestra humanidad – curiosa, aunque siempre falible y finita – con dudas recalcitrantes en su afán por alcanzar verdades universales y necesarias sobre lo real; a considerar sosegadamente las ambigüedades y complicaciones inevitables con las que tiene que vérselas nuestra determinación de hacer el bien; y finalmente al sobrio análisis especulativo del descubrimiento sensible de esa “dulce” belleza, que es tan conspicua en los mundos en los que nos encontramos inmersos – en el cielo estrellado y las acciones hechas con buena voluntad, tan caros a Kant – y en aquellos otros universos que aunque son creaciones de nuestra imaginación, como la poesía, también nos revelan, de forma inconfundible aunque indefinible, verdades sobre nuestro ser y el ser de todo lo demás.

La investigación de los interrogantes que desatan la búsqueda racional de saber verdadero, de las condiciones que hacen a ésta posible y los límites infranqueables que confronta, han ocupado la mayor parte de la obra publicada de Álvaro López Fernández, y de la cual hemos dado solo varios ejemplos. En lo que se refiere a la reflexión sobre los problemas de la filosofía práctica de Kant, ésta

ha quedado plasmada en algunos de sus más agudos ensayos de la primera década del siglo XXI, en particular: “La mentira por amor a la humanidad y la buena voluntad en Kant” [*Diálogos*, 81 (2003): 309- 339] y “Libertad y determinismo en Kant: Un análisis de la Tercera Antinomia en la *Crítica de la Razón Pura*” [*Diálogos*, 88 (2006): 171-210].

Lo que no saben muchos es que la pasión por la literatura fue coetánea y tan temprana en Álvaro como el amor por la filosofía – ya en las páginas de ese anuario escolar al que me he referido había dos cuentos de su autoría. Y aunque no persiguió la literatura con la misma constancia con que practicó la filosofía, sí produjo obras de innegable calidad literaria. A título de mero ejemplo, cabe apuntar al hecho de que en dos años consecutivos (1970 y 1971) fue merecedor del Primer Premio de Poesía en el Concurso Literario auspiciado por el Ateneo Puertorriqueño. Es significativo que la intersección temática de ambos intereses vitales se viera en cierto modo cumplida en su último ensayo publicado en esta revista, “Hipotiposis y metáfora en Kant” [*Diálogos* 90, (2007): 197-210]. Digo sólo en cierto modo, ya que hay mucho material sobre este tema, fruto de una investigación sabática, que aún está inédito.

Pero más allá de estos logros académicos, filosóficos y literarios, junto a otros que no ha sido dable mencionar, están las múltiples virtudes que adornaron la persona que fue Álvaro en todos los ámbitos que su vida recorrió: Hombre de bien, exento de cinismo, envidia, vanidad o santurronería; capaz de diferir sin ofender; presto a emitir juicios razonados y ecuánimes que pudieran explicar y avalar sus decisiones y acciones; acostumbrado a seguir el sendero recto, incluso cuando lo menos doloroso y trabajoso para él mismo habría sido sacrificar lo que ante sus ojos era lo correcto en aras de lo meramente conveniente. Y también supo ser amigo afectuoso, sincero y solidario de colaboradores de trabajo, de colegas y discípulos dentro de la universidad, así como de incontables particulares fuera de ella. Todos ellos estuvieron siempre convencidos de que su sonrisa amplia y el humor espontáneo con que salpicaba la charla cotidiana, e incluso la exposición de los argumentos más abstrusos, eran signos visibles inequívocos de la sabiduría llana de su inteligencia y la honestidad sin pliegues de su carácter.

Tal es, a grandes trazos, la imagen que conservo de Álvaro López Fernández, el querido compañero que sigue vivo dentro de mí y de quienes pudieron caminar un trecho junto a él, y a quien le dedicamos, con cariño, admiración y gratitud sin límites, este número extraordinario de *Diálogos*.